

llas grandes fuerzas misteriosas, que siempre están en agitacion, y las cuales, elevando cerros y formando valles, han dado su forma, desde el principio, á la superficie de nuestro planeta, y cuyos efectos aún se experimentan todavía por los terremotos y los volcanes, en forma de erupciones de vapores, de ardientes escorias de nuevos minerales volcánicos y manantiales de agua caliente, y al fin, de terribles terremotos que se propagan con la velocidad del golpe eléctrico.

¡Estas mismas fuerzas fueron las que te cavaron á tí tambien, Caracas, una ancha tumba..... en ménos de cincuenta segundos!

## CAPITULO II.

### Ascencion al Cerro“ de la Silla.”

Mas, Caracas existia aún, en la época que Humboldt la visitó en su viaje al Orinoco.

Tampoco la suerte le habia separado de su fiel amigo y compañero de viaje Bonpland, como pareció, á consecuencia del golpe que el vengativo zambo le infirió en la cabeza, de que resultaron algunas heridas graves, y de que sanó pronto, debido á su buena naturaleza. Sin embargo, padeció algunos meses de vértigos, que

hacian temer, á él y á Humboldt, que se hubiese lastimado el cráneo. (1).

Pero afortunadamente resultó infundado este temor, desapareciendo completamente los síntomas que habían dado lugar á él.

Durante la enfermedad de Bonpland, le había cuidado Nunu, en union del mulato, y hasta despues de su completo restablecimiento, emprendieron su viaje al Orinoco.

El principal objeto que se propuso Humboldt, al visitar á Caracas, fué subir al cerro de la Silla. Nadie habia llegado á la cima de esta eminencia, por lo cual era difícil encontrar guias, los que al fin consiguió, mediante la bondad y esfuerzos del Gobernador.

Esta expedicion tuvo lugar el 22 de Enero de 1800, habiéndose agregado á ella otras diez y seis personas, que acompañaron á Humboldt y Bonpland, atraidos por la novedad.

El camino era penoso; pero las bellezas de la naturaleza compensaban abundantemente las fatigas. Se necesitaban tanto el valor como la perseverancia, y estas qualidades no las poseen todos, aunque se vanagloríen de ellas.

Así se agregó á la expedicion un jóven capuchino,

(1) Hecho positivo. Viaje á las regiones equinocciales etc., tom. 1.<sup>o</sup> pág. 509.

Además, Alejandro de Humboldt por el Dr. Klenke: pág. 59.

de constitucion robusta, y que era á la vez profesor de matemáticas. Nadie manifestó *antes* de la partida, mas valor; nadie se vanagloriaba de mas fuerza, audacia y perseverancia que él; nadie habló con mas interes sobre la importancia de esta expedicion que el jóven monge. Aún habia prometido á sus compañeros quemar cohetes en el punto mas elevado de la silla, para anunciar á todos los habitantes de Caracas, el éxito de esta grande é importante empresa.

Pero..... el buen monge perdió el valor, la fuerza y la perseverancia, aún mas *antes* que los mismos criollos, porque ya á medio camino se quedó fatigado y temiendo no poder superar las dificultades que se presentarían; prefirió, pues, observar con un antejo la subida de Humboldt y sus compañeros, quienes fueron recompensados con profusion de sus trabajos y peligros al llegar á la cumbre del cerro.

Lo mismo que siete meses *antes* en el Pico de Tenerife, unió Humboldt tambien en el cerro de la Silla, el goce de la sorprendente vista en la cumbre con la actividad intelectual de investigacion científica y de un ingenioso modo de ver los detalles, combinándolos con el grande é inmenso conjunto.

En efecto, ¡qué vista ofrecia esta altura extraordinaria y vertiginosa!

Sumergidos en silenciosa admiracion, contemplaban Humboldt y Bonpland el magnífico y esplendoroso paisaje en que predominaba todavia una naturaleza vírgen,

libre de los caprichos de los hombres y del yugo de la civilización, aunque ya estaban habituados á ver paisajes casi tan grandes como la Francia, como un hermoso y extenso desierto, y contemplar un mundo en que solo existen plantas y animales, sin que se haya aún recibido sonido alguno de alegría y de pasiones humanas.

Grandes, muy grandes fueron las dificultades que tuvieron que vencer, para llegar á una altura, que se juzgaba inaccesible; pero ya las preveían, y el mismo hecho de haberlas vencido, indica, que el que está animado de un verdadero amor al estudio de la naturaleza y de su elevada dignidad, no se desalienta por nada, cuando se trata de una perfección futura del saber humano.

—¡Bonpland! exclamó Humboldt, como despertando de profundas meditaciones, estamos muy distantes de la época en que pudiera ser posible concentrar todas nuestras contemplaciones en la unidad de la idea de la naturaleza, y aún se debe dudar de que esta época llegue jamás. La complicación del problema, y la inmensidad del universo, del Cosmo, casi destruyen la esperanza de ello; pero aunque no podamos alcanzar el todo, nos queda la solución parcial del problema, *la tendencia hacia el conocimiento de los fenómenos del mundo, que es el objeto superior y eterno de toda investigación de la naturaleza.*

Así estaba parado Humboldt á la orilla de un precipicio, de una profundidad de mas de ocho mil piés, en

vuelto instantáneamente en una neblina, y no dejó este punto hasta que la precaución le obligó á pensar en la vuelta.

Después de haber cumplido las observaciones físicas, descendió con sus compañeros, llegando á las diez de la noche á una garganta, donde tenia que pasar por una vereda peligrosa, haciéndose mas difícil su situación por haberse retirado secretamente los guías, en busca de un punto cerca de las rocas, donde poder pasar la noche; de manera que Humboldt y Bonpland tuvieron que cargar ellos mismos con los instrumentos, después de haber estado en pié cerca de quince horas, y casi sin interrupción; la vereda pedregosa y el duro césped habian lastimado sus piés de tal manera, que les salía la sangre, porque el suelo resbaladizo les obligaba á quitarse las botas y descalzlos, descender el cerro.

En todo esto se manifestó el verdadero carácter de Humboldt: aquella perseverancia sorprendente y valor á toda prueba, que no retroceden ante ningun peligro ni obstáculo, sino que se dejan guiar esclusivamente por el interés de la ciencia y el anhelo de adquirir experiencia en la vida. (1)

La originalidad de aquella region llena de interés, y el deseo de conocer la configuración del suelo y sus riquezas naturales, fueron las que no le hicieron retro-

(1) A. de Humboldt. *Un monumento biográfico* por el Dr. Klenke pág. 64 y 65.

ceder ante ninguna distancia ni peligro, para viajar al salir de Caracas por los extensos y poco frecuentados llanos del Orinoco y del río de las Amazonas.

En esta travesía pasó igualmente, por los cerros de los Taquos, las aguas calientes de Mariara, situadas á las orillas de la laguna de Valencia, así como por los llanos del Calabozo, en la parte oriental de la provincia de Varinas, hasta San Fernando de Apure y el río de igual nombre.

Grandes fueron los resultados de este viaje para la ciencia.

Lo que cualquiera otro viajero no hubiera gozado sino con los sentidos, ó dejado desapercibido por ser un objeto aislado, ó admirádole superficialmente como un fenómeno extraño ó raro, era para Humboldt parte constitutiva del universo, del gran conjunto, al cual daba el nombre griego de «Kosmos» (1), y que distinguía justamente su mirada inteligente, mas que cualquier otro mortal, con una claridad admirable.

(1) Kosmos era en la significacion mas antigua solo: *adorno* figuradamente *orden*. Pitágoras llamó así por primera vez al conjunto del universo á causa del orden que domina en él. También Aristóteles designa bajo el nombre de *Kosmos*, el mundo y el orden del universo. Mucho mas ántes de que Humboldt pensara escribir el *Kosmos*, se servía de esta expresion para indicar el gran orden del mundo, de lo existente y de lo que se forma, del universo, de la gran masa que llena el espacio del mismo universo. (*Kosmos*, tomo I. págs. 64 y 76.)

En esto consistía principalmente la grandeza y el ingenio de Humboldt, así como era el motivo de su carácter reposado y constante buen humor, de sus conocimientos y actividad científica.

Los dos viajeros, despues de haber salido de los ingenios de Turiamo, pasaron por una llanura, donde multitud de esclavas trabajaban bajo el látigo de los capataces, lo que motivó una conversacion muy animada entre los dos amigos y el mulato, sobre la naturaleza y el carácter de los negros, de cuya suerte desgraciada tenia Humboldt bastante compasion.

Mas el mulato parecia no tenerla, porque sostenia que los negros no merecian otra suerte mejor.

—Amo no conocer negros, dijo éste en su mal español, negres ser mal hombre.

—Pero haces mal en decir esto, dijo Humboldt; los negros son hombres y se les debe tratar como tales.

—¡Vaya! exclamó el mulato, amo oir cuento de negros..... amo pensar diferente.

—Cuenta, pues, luego diré mi opinion.

—Amo conocer la isla Caracas..... no ciudad Caracas..... isla Caracas..... haber allí muchas cabras..... cabras silvestres..... tener buena carne .....

—Ya lo sé, dijo Humboldt, porque hemos estado allí.

—Isla ser solitaria. Los flamings pescan solos allí.... solo un hombre blanco estar allí con su mujer y tres hijos..... pero mujer é hijos mueren.....

—Suerte desgraciada, principalmente en un punto tan aislado como aquel.

—Hombre blanco compra negros..... dos negros. Tener muchas cabras, y mucho, mucho maíz. Pero negro ser mal hombre..... matar hombre blanco.

—Esto era en efecto un crimen.

—Negros cometer muchos mas crímenes.

—¿Cuáles?

—No saber Gobernador quien matar hombre blanco. Flamingo no decir nada y ningun hombre ver.

—Te comprendo, dijo Humboldt; los dos asesinos escaparon del brazo de la justicia, y era difícil encontrar pruebas para un crimen cometido en un lugar solitario.

—Amo decirlo, contestó el mulato, pero el gobernador poner mucho dinero por cabeza de asesino.

—Ya me figuro lo que sigue.

—Saber amo lo que ser ahora uno de perros negros... en Cumana.

—No.

—Pero negro ser verdugo.

—¿Cómo?

—Ir con gobernador... confesar todo..... tambien decir del otro negro..... no haber verdugo en Cumana... pero negro ser libre..... ser verdugo.....

—Comprendo, dijo Humboldt con repugnancia. Indultaron al asesino, con tal de que fuera el verdugo de su cómplice. Conozco este uso bárbaro en este país.

—¿Y hombre negro no ser perro?

—No, dijo Humboldt seriamente, porque del mal que hacen unos pocos, no se puede culpar á toda una raza. Apenas se puede creer que haya hombres tan brutales para comprar su vida á tal precio y estrangular con sus manos, como verdugos, al que han traicionado el dia anterior.

Unos gritos lastimosos, ofendiendo á los oidos, interrumpieron este diálogo.

Todos se voltearon: estos gritos eran de una esclava, á quien estaban flagelando en un plantío de cacao de los alrededores, de tal manera que la sangre le corria por todo el cuerpo. A pesar de esto, querian obligarla á que continuara sus trabajos, y como esto le era difícil, por los dolores que sufría, se le estaba repitiendo el mismo castigo por el capataz.

Humboldt se estremeció; tanto se revelaron sus nobles sentimientos contra aquel acto inhumano, que ya iba á hacer reproches al capataz, cuando Bonpland le detuvo, no porque tuviese menos compasion con la esclava, sino porque previó que este brutal hombre se burlaria del amigo, y castigaria doble y maliciosamente á la esclava.

Humboldt conoció lo justo de esta observacion. Sin embargo, cedió con repugnancia á las súplicas de Bonpland, para desistir de su intento y continuar el viaje expresándose fuertemente contra esta violacion de las leyes de la humanidad.

Había anochecido, cuando llegaron á un valle hermosísimo, que representaba la imágen de la paz y de la abundancia.

Por todas partes se extendían los plantíos de algodón; el centro del valle formaba una pequeña laguna en una colina, y en frente de ella se veía una hermosa casa, rodeada de una arboleda de «Bálsamo Amyris elato.»

Humboldt tenía cartas de recomendación para el dueño de esta pequeña Jauja, D. Alejandro Gonzalez, y por este motivo se dirigieron los viajeros á la habitación de este propietario.

Una negra, de edad de mas cien años, estaba sentada delante de una pequeña choza, construida de tierra y carrizos. Se sabía que aquella era su edad, por ser una esclava criolla, y parecía tener aún buena salud.

—La tengo en el sol, decía su nieto, porque el calor conserva su vida.

Humboldt y Bonpland se sonrieron, porque el remedio era demasiado fuerte en el día, cuando los rayos solares caían perpendicularmente sobre su cabeza.

A un lado de la colina había multitud de chozas semejantes, que eran las habitaciones de los esclavos casados. Delante de la puerta de todas, había bracero con lumbre para hacer la comida. En un edificio, semejante á una caballeriza, se hallaban tendidas en el suelo mas de cien pieles de res, sobre las cuales dormían los esclavos solteros.

Los dos naturalistas se ocupaban en contemplar estas miserables habitaciones, cuando les sorprendió un terrible rugido que parecía venir de miles de gargantas, y no de muy léjos.

—¿Qué es esto? gritaron los dos simultáneamente.

—Amo, contestó el mulato, ser Araguaté..... estar allá en el bosque..... tener pronto lluvia.

Humboldt y su compañero comprendieron que el ruido procedía de numerosas manadas de monos (*Limia ursina*) que se hallaban sobre los árboles en el cercano bosque.

Ya muchas veces habían observado con asombro estos animales singulares, pasar con grande lentitud de árbol en árbol.

Detrás de un mono macho venían siempre muchas hembras, cargando en sus espaldas á alguno de sus chiquelos. Cuando no se hallaban juntas las ramas de los árboles vecinos, se colgaba el macho, con la estremidad de su cola, en la rama de un árbol, poniendo en oscilación el cuerpo hasta que podía agarrar una rama del árbol vecino. En seguida, y en el mismo punto, efectuaban igual maniobra los demás, por el orden sucesivo, según su colocación.

Sus gritos ladinos y penetrantes, efectuados por todos simultáneamente, producían un ruido tan fuerte, que sin duda se oían leguas á enteras.

Cuando Humboldt y Bonpland habían llegado á la casa de la colina, les esperaba una noticia muy desagrada-

ble para ellos, y que se reducía á que D. Alejandro Gonzalez se hallaba ausente, y que su jóven esposa disfrutaba, hacia pocos dias, de las delicias maternas, cuyas circunstancias colocaron á los dos amigos en una situacion embarazosa, porque no sabian donde poder pasar la noche y ponerse á cubierto de la lluvia. Todavía estaban discutiendo sobre esto, cuando una parienta de la jóven esposa les invitó, en nombre de esta señora y con la mayor amabilidad, que pasasen á su casa.

Por todos lados se empeñaban en dar muestras de hospitalidad á los dos extranjeros, apresurándose á servirlos y á prepararles una buena cena, evitando todo aquello que pudiera molestarles.

La jóven madre se hallaba fuera de sí, al saber que Humboldt, en su vuelta del Rio-negro para el Orinoco, debería pasar por Angostura, donde se hallaba su marido, y le encargó que le avisase haber nacido su primogénito.

En estos países considera la gente á los extranjeros, como los mensajeros mas seguros. ¿Y qué mejor modo podia haber elegido la jóven madre, que vivia casi aislada de todo el mundo, para hacer llegar á los llanos, á su esposo querido, la noticia de su dicha?

Quando Humboldt y Bonpland iban á partir al siguiente dia, se les enseñó el niño primogénito de la familia, pues aunque la noche anterior le habian visto dormido, el amor maternal no se dió por satisfecho, sino hasta que le vieron despierto.

Ellos ofrecieron describir minuciosamente sus facciones al padre; pero á la vista de sus libros é instrumentos, se inquietó la jóven señora, juzgando que en un viaje tan largo, y con tantos negocios, seria fácil que Humboldt y Bonpland olvidasen qué clase de ojos tuviera su hijo.

¡Cuán apreciable es una hospitalidad de esta clase!

¡Cuán preciosa es esa expresion natural del amor maternal y de una confianza como ésta, que es rasgo característico de los tiempos mas remotos!

Se continuó el viaje con indecible gusto, y la fatiga física excitaba la facultad intelectual. Humboldt observaba, en todas ocasiones, la intensidad de la fuerza magnética; hizo experimentos con el electrómetro de Volta; efectuó medidas barométricas; determinó geográficamente todos los puntos que le parecian importantes, y colectó los tesoros de la ciencia en el reino animal y vegetal, así como en lo relativo á la geografía y meteorología, juntamente con multitud de otros ramos científicos.

Mas, siempre nuevas maravillas de la naturaleza se presentaban á los viajeros.

Descendiendo de Porto-Cabello á los hermosos valles de Araguay, y acercándose al ingenio de Bárбуа, repentinamente empezó á brincar y gritar el mulato, de un modo extravagante: sus gesticulaciones eran tan chuscas, y su regocijo tan excesivo, que Humboldt le preguntó sonriendo la causa.

—¡Amo, amo! exclamó el mulato, chispeando su ojos de alegría, ¡palo de vaca!..... ¡palo de vaca!..... allí estar palo de vaca!..... Ojo de mulato ser buen ojo.... Ver desde muy léjos palo de vaca..... Tener leche, leche deliciosa..... beber con pan de maíz y de yuca.

Y volvió á brincar de gusto, como un niño, estregándose las manos.

No era ménos la alegría de Humboldt y Bonpland, aunque de otra especie, y procedente de otras causas.

Palo de vaca llaman los españoles criollos al árbol *Calactodendron utile Kunth*. Este fenómeno tan notable en el reino vegetal, de que tanto habian oido hablar los viajeros desde su llegada al Nuevo-Mundo, y principalmente de que producía una leche aromática, deliciosa y nutritiva; era natural que estuviesen ansiosos de ver este fenómeno, tanto mas cuanto que los jugos vegetales, parecidos á la leche, que habian conocido hasta entónces, tenían sabor amargo y desagradable, y algunos de ellos eran venenosos. Pero la excesiva alegría del mulato, que muchas veces habia tomado esta leche, demostraba de antemano la realidad de su aserto.

En efecto, el hecho los sorprendió sobremanera.

Era la caída de la tarde, cuando llegaron á la hacienda de Bárbula. Allí vieron ese hermoso árbol. Una multitud de criollos y de negros iban y venían. Muchos tenían ollas llenas de leche, que llevaban á sus casas. Otros, sentados bajo del árbol, se reían y chanceaban, bebiendo la leche con el pan de maíz ó de yuca. Otros,

que habian satisfecho ya su apetito, bailaban al derredor del mismo «árbol de leche», como le llamaban allí, mientras un número considerable de esclavos y de esclavas, se aglomeraban cerca de las cortaduras hechas en el tronco del árbol, de donde salía en abundancia una sustancia espesa, parecida á la leche.

Los dos naturalistas probaron esta leche, y la encontraron, en efecto, deliciosa y aromática como bálsamo. Solamente lo espeso y pegajoso de ella, desagradaba algo al europeo.

El administrador de la hacienda se habia acercado, entre tanto, al saber la llegada de los viajeros, asegurando que los esclavos engordaban mucho, en la época en que tomaban esta leche, y que se podían conocer, en el color de las hojas, los árboles que tenían mas jugo.

Humboldt se admiraba de todo esto, y confesó que los muchos fenómenos notables que habia observado en el trascurso de su viaje, no le habian causado la impresión que este último. (1)

Era muy natural que esto sucediera, porque todo lo que se relaciona con la leche y los cereales, es de interés para el hombre pensador, en razon de que el género humano necesita de estos elementos para subsistir.

(1) Viajes á las regiones equinocciales, tomo II., págs. 101 hasta 117.



Sabemos que el almidon de los cereales, que han sido objeto de admiracion religiosa en muchos pueblos antiguos y modernos, está contenido en las semillas y raices de las plantas; pero la leche nutritiva, nos parece como producto exclusivo de la organizacion animal, y esta impresion la recibimos desde nuestra niñez, de donde resulta la sorpresa, al ver el árbol mencionado. Lo que allí poderosamente nos impresiona, no son bosques hermosos ni caudalosos rios ó montañas con nieve eterna: ¡no!..... un par de gotas de jugo vegetal nos trae, ante nuestra imaginacion, toda la fuerza y abundancia de la naturaleza. Junto á una pared de roca, desnuda y árida, crece un árbol con hojas secas, parecidas á una piel curtida, las espesas raices de ese árbol, apenas penetran en la roca. Muchos meses del año carece de humedad; las ramas parecen secas y sin vida; pero si se hacen cortaduras en el tronco, sale una leche nutritiva. Al salir el sol, es mas abundante esta fuente vegetal, y á esa hora vienen, de todos lados, los negros y los indígenas, con grandes ollas para proveerse de este líquido, que á poco rato se hace espeso y toma un color amarillento. Unos lo beben allí mismo, y otros lo llevan á sus hijos. Es como si se viera á un pastor repartiendo entre los suyos la leche de su rebaño.

Esta es la impresion que hace este árbol á la imaginacion del viajero, cuando lo ve por primera vez.

*La investigacion científica, demuestra que las cualidades físicas de las materias animales y vegetales, están*

*en íntima relacion. Y esta investigacion quita al objeto que nos ocupa el aspecto maravilloso. Nada hay aislado en la naturaleza; materias químicas, que se creia que existian solamente en los animales, las hay tambien en las plantas. Una liga comun, une á toda la naturaleza orgánica.*

Mucho ántes que la química descubriese pequeñas partículas de cera en el pólem de las flores, en la albúmina de las hojas y en la materia blanquizca de las cerezas y de las uvas, fabricaban los habitantes de los Andes de Cuindiu, velas de la capa gruesa de cera con que está cubierto el tronco de una palma. (*Ceroxylon andicola*.) No hace mucho que se descubrió en Europa en la leche de almendras, el *caseum*, que es la parte constitutiva del queso; pero hace siglos que, en las montañas de la costa de Venezuela, se considera como un alimento sano y nutritivo la leche de un árbol y el queso que se separa de este jugo vegetal.

Si el palo de vaca es de este modo, un prototipo de la inmensa abundancia de la naturaleza en países cálidos, nos recuerda á la vez las fuentes numerosas que producen, bajo este magnífico cielo, el descuido y la pereza del hombre. Mungo Park nos ha dado á conocer el *árbol de manteca* en Bambarra, el que, como asegura Decantolle, pertenece á la familia de los Zapoteas, lo mismo que el palo de vaca. El plátano, el árbol del sagú, la Mauricia en las orillas del Orinoco, son árboles de pan; lo mismo que los *rimas* del mar del Sur. Las

frutas de la *Crescencia* y *Lecitis*, sirven de ollas; de la flor de muchas palmas y de algunas cortezas de árboles se hacen sombreros y vestidos sin costura. De los nudos, ó mejor dicho, de las capas interiores del tronco del bambú, se construyen chozas y otros utensilios necesarios para el mobiliario de los indígenas. Con una vegetación tan exuberante, y con frutas tan variadas, se necesitan motivos muy poderosos para que el hombre se dedique al trabajo, despierte de su apatía y desarrolle sus facultades intelectuales. Esta circunstancia aprovecha á los países y á las naciones ménos favorecidas por la naturaleza. Con la necesidad del trabajo, se desarrolla la tendencia á meditar, y por ella..... la ocasión de cultivar la inteligencia..... *resulta una vida doblemente útil, la física y la intelectual.*

### CAPITULO III.

#### Agar en el desierto.

Humboldt y Bonpland habian penetrado hasta las llanuras del Orinoco; pasaron el rio Uritucu, en donde hay muchos lagartos, y buscaron un sitio donde pasar la noche.

En lo general les servia para este caso el campo raso, teniendo por techo el firmamento con sus innumerables estrellas; pero en aquella vez habrian deseado encontrar aunque fuera una choza de indios, para pasar la noche, porque temian á los lagartos que se hallaban próximos.

Tampoco era muy agradable el rugido del tigre y de otras fieras, despues de que aquel mismo dia Hum-